

NO es difícil estar de acuerdo con unas recientes palabras de don Felipe González en las que desechaba el tema político de la forma de Estado (Monarquía o República) por inoportuno o fuera de lugar. Don Santiago Carrillo había planteado el mismo tema con el estilo abrupto que le caracteriza y con un extremismo de forma, al prohibir las banderas y vítores republicanos en las reuniones preelectorales de su partido. Hay un acuerdo tácito por el cual la forma de Estado que se ha implantado en España, en vida de Franco y por su designación, equilibra una situación global dentro de la cual puede y debe hacerse un juego político profundo y renovador. El 10 de enero de 1976, al salir de una larga suspensión impuesta por el último Gobierno de Franco y mantenida por el primero de la Monarquía, TRIUNFO decía en un editorial: "Si nadie pide ahora la República es porque es imposible y porque efectivamente en estos momentos abriría brechas graves en el país, pero no porque hayamos de considerar que es un régimen que ofrezca menos garantías teóricas que la Monarquía. Quienes somos republicanos y aceptamos la praxis actual de la Monarquía pediríamos que quienes no lo son aceptasen la teoría de una República como viable para demostrar que su espíritu democrático no es exclusivamente verbal". Año y medio después se pueden seguir repitiendo esas mismas palabras.

Pero año y medio después se puede contestar ya que no había exceso en esta aceptación de principio. Es lógico que el señor Suárez pueda recibir en estos momentos todos los elogios que en un año de actuación política ha merecido, tanto por su tenacidad en buscar mecánicas democráticas para el país, que han llegado a funcionar con alguna satisfacción mayor de lo que se sospechaba como por su triunfo personal al crear un partido y un Gobierno para servir su política y la situación general. No sería justo soslayar que la persona y la actuación del Jefe del Estado han hecho posible este progreso. Primero, al desposeer de sus cargos al presidente del Consejo y a los ministros que formaron el puente con la anterior forma de Estado: un puente que cada vez más se torció sobre sí mismo para ir a desembarcar en la misma orilla de la que procedía. Segundo, al nombrar a don Adolfo Suárez cuando la mayoría de los grupos de poder y de la opinión política general no veían en él las condiciones que luego ha demostrado tener. Y, después, al apoyarle continuamente y al poner sus dos prestigios, el mítico y el personal, al servicio y apoyo de esta me-



Los señores Maldonado y Valera, últimos presidente y jefe de Gobierno de la República Española en el exilio, durante el homenaje de despedida en honor del ex Presidente mexicano Cárdenas, en marzo de este año.

MONARQUÍA Y REPÚBLICA

canización de las instituciones democráticas que estaban en desuso, convenciendo a los irascibles, aplacando a los tumultuosos y sumándose a los moderados, incluso dando al exterior una imagen y una seguridad que no existían antes.

El riesgo que encierra esta situación —riesgo por el momento muy aceptable y muy asumible— consiste en que se confunda el acierto innegable de una real persona que encarna al Estado con la mística de la Institución, con una especie de magia que atribuye a lo hereditario y al carisma religioso de la transmisión del poder por vía divina unos beneficios colectivos que la razón no comprende. El mismo movimiento pasional se vuelve contra la República como engendradora natural de los peores males posibles. Durante el tiempo de Franco, y sin duda por el mismo Franco, se acuñó la frase de que las dos Repúblicas fueron dos fracasos de la Historia de España. Lo fueron, sin duda, pero junto a una larga serie de fracasos históricos presididos por la Monarquía, a lo largo de los últimos siglos de la Historia de España, que ha sido mucho más desdichada de lo que merecíamos los españoles. La tesis de Franco era ésta: "La República en España fue por dos veces lo que tenía que ser: un sistema artificial en pugna con nuestra His-

toria y con nuestras tradiciones; tantas veces se repitiera su ensayo, tantas otras haría caer a España en el mismo grado de ludibrio". "La República, por ser lo que fue en dos ocasiones en España; por haber caído como cayó, enfangada en checas y expoliaciones; por venir patrocinada por la anti-España y la masonería, está totalmente deshonrada a los ojos de los españoles y del mundo". "Vosotros conocéis mejor que nadie lo que fue la República, la estafa del pueblo español el engaño de los hombres de bien" (1945, 1947, 1953). Repetidas como se encuentran esas frases por tozudos de la política —como el señor Fraga ha hecho frecuentemente en su desdichada campaña electoral— pueden crear un estado de ánimo que se agravaría si se interpretasen mal las palabras de don Felipe González o las decisiones de don Santiago Carrillo, que vistas con limpieza son bastante claras, se compartan o no. Algún otro equivoco podría desprenderse de otras palabras de estos días. Por ejemplo, las de don Joaquín Sartrústegui, justamente agasajado por haber sido el senador con más votos en Madrid, y personalidad de bastante claridad y talante liberal: "La Monarquía o la República no se mantienen por Decreto, sino porque el pueblo las mantiene. Lo na-

tural es que si la Monarquía sigue actuando como lo hace, la Monarquía se consolidará; los españoles no están planteando la forma de Estado". Es cierto que los españoles no están planteando la forma de Estado en estos momentos, y que existe esa consolidación, ligada más a la figura de un Rey determinado que a la totalidad de la institución monárquica. Pero la idea que puede desprenderse de la primera parte de la frase, de que la República cayó porque el pueblo no la mantuvo, sería un error doctrinal y un error histórico. El pueblo mantuvo la República a lo largo de tres años de una guerra cruelísima, en la que fue el principal sacrificado. Más equívoca es aún la frase de don Antonio Garrigues Walker en "ABC" (6 de julio): "Pero un régimen de izquierdas, monárquico o republicano, muere de la misma muerte si no sabe incorporar a la derecha. De eso murió la Segunda República". La República española hizo un verdadero esfuerzo, aun en contra de su propia base popular, para mantener a los representantes del antiguo régimen: tuvo siempre una fuerte derecha en su Parlamento, y la derecha sin paliativos gobernó durante dos años de la República: la derecha del señor Lerroux y del señor Gil-Robles. La Segunda República cayó porque trató de in-

corporar la izquierda a la vida nacional y porque, muy modestamente, muy tímidamente, intentó reformar de alguna manera un reparto de la riqueza arbitrario y abusivo en el país. A la República española le pasó lo que casi medio siglo después iba a pasarle a Allende en Chile, con algunos paralelos muy curiosos. Y porque estaba inmersa en un vendaval histórico de fuerzas dominantes en Europa —el nazismo, los fascismos— con enorme capacidad de ayuda y soporte (como a Chile le ha sucedido después dentro de su propio continente).

La disolución en estos días del Gobierno de la República en el exilio, prácticamente caldo ya desde unos meses antes, ha servido para recordar algo que ha sido acogido en España muchas veces con saña, precisamente por los mismos que acusaban a la República de ser una fatalidad histórica hacia el desastre ("lo que tenía que ser", como decía Franco y dicen los franquistas) y con un cierto desdén, no exento de alguna bondad, los otros. La República en el exilio ha cumplido un papel histórico, con todas sus dificultades, con todas sus contradicciones: arrastrada por la corriente de la Historia, se ha resistido a desaparecer y ha querido mantener un fuego sagrado. A la hora de su muerte, la República del exilio merece un recuerdo por la integridad de sus hombres, por la entereza con que en un mundo de políticos inconsistentes y tráfugas han mantenido la validez intrínseca de algo a lo que no tenían medios de servir mejor.

Repetimos que no tenemos nada que oponer a que se mantenga la forma de Estado que tiene



Los Reyes, durante una reciente recepción, en el salón del trono del palacio de Oriente.

hoy España, sea cual sea su procedencia, y que no dejamos de advertir sus peligros. El más considerable, el de que esta aceptación prácticamente unánime está ligada a la persona que ejerce hoy el puesto de Jefe de Estado, pero que podría tener aspectos negativos en cuanto fuera ejercida por otra no dotada del mismo valor personal e histórico. No debemos, o no creemos conveniente, abonar desde aquí la idea de un referéndum para que el pueblo español ratificase de derecho electoral lo que está implantado de hecho y se está consolidando por su actuación.

Un referéndum —como el que piden ahora muchos republicanos— situaría a los electores en una posición enormemente incómoda: el dilema de votar por lo que su conciencia y su creencia les indica, o por lo que la práctica y la realidad de la vida española indican como útil y necesario. Podría producirse un desgarramiento o un elevado número de abstenciones que, finalmente, no favorecerían la idea de la República, pero tampoco la de la Monarquía.

Por otra parte, parecería, tras el voto favorable que se obtuviese —y no parece que hoy puede haber ninguna duda de ese resultado favorable—, que el pueblo español aceptaba así para siempre, para sus sucesores y para las generaciones venideras, una filosofía de Estado. Y, con ella, una forma definitiva y eterna.

Como hace año y medio, exactamente igual que en unos momentos oscuros y difíciles en los que no se sabía todavía lo que iba a ser de España, podemos repetir nuestras propias palabras: "Podríamos también discrepar ahora con mil ejemplos de la simplista idea del señor Fraga de que la República, ensayada por dos veces en España, ha dado en caos. El caos lo crearon los enemigos de las Repúblicas, que no les permitieron el desarrollo. Y los milenios de Monarquías españolas no han evitado algunos muy considerables caos, entre ellos, como muy reciente, el que provocó la instauración de la Segunda República española. El hecho de que se acepte la conversión de España en Monarquía y la instauración de un Rey porque en ello hay una convergencia en la necesidad de intentar cambios imposibles, no impide que tengamos un respeto considerable a la Historia".

Seguimos pidiendo un respeto para la Historia, y un respeto para la razón y para la lógica, un respeto para la realidad que salta de cada esquina de España. El mismo que nosotros ofrecemos, y no solamente ofrecemos, sino que realizamos día a día, semana a semana. ■

Los
CoNteM
poRa
nEoS

LA TELEVISION CONTRA EL GOBIERNO

LOS viejos maestros nunca mueren. Sus ideas van saltando de generación en generación de sus seguidores, hasta de los que reniegan de ellos. El viejo maestro Goebbels decía: "La Iglesia Católica se sostiene porque repite lo mismo desde hace dos mil años. El Estado nacional-socialista debe hacer lo mismo". El viejo maestro Hitler decía: "La propaganda debe limitarse a un número corto de ideas y a repetir las incansablemente. La masa no se acordará de las ideas más simples más que si se repiten cientos de veces". Pero eran los tiempos en que la palabra propaganda era aceptada. Había Ministerios de Propaganda. Luego se descubrió que la propaganda podría valer a condición de que nadie supiera que era propaganda. Entonces los mismos ministerios se llamaron de Información. Se desgastaron también, y ahora ya pierden su nombre: ahora se llaman de Cultura y Bienestar, que no puede evitar tampoco su genealogía fascista: es apenas una paráfrasis de Educación y Descanso. Que a su vez había tomado su nombre y su estructura de otra organización nazi.

Esta metempsicosis —esta metástasis— no transcurre sin desgaste. Los viejos maestros tenían razón (de la sinrazón) en su tiempo. No la tienen ya. Toda repetición agobia y cansa. Sin embargo, los jóvenes discípulos no se han enterado todavía. Se decía en otros tiempos que una mentira repetida se convierte en una realidad. El axioma de nuestros tiempos es inverso: una verdad repetida se convierte en una mentira.

Pero los discípulos, los aprendices de brujo que desatan fuerzas que luego no saben domesticar, no se han dado cuenta. Repiten aquello que quieren ensalzar hasta que consiguen su mejor nivel de incredulidad. No han sabido entrar en la nueva escuela de propaganda, la de los "persuasores invisibles": la escuela americana. Son visibles. Y torpiones.

El señor Fuentes Quintana habló ante y por la televisión con unas palabras deliberadamente modestas, de las que emergían cuatro o cinco puntos convincentes, capaces de retener la atención de las gentes. Tuvo además la suerte de aparecer por sorpresa: los propagandistas no tuvieron ocasión de destrozar su aparición mediante los anuncios continuos que se hacen en otras ocasiones. Pero no han podido resistir la tentación de repetirlo, refritarlo, resumirlo: de organizar mesas redondas de turiferarios encendidos, de hacer encuestas de admiradores, de repetir elogios y destacar frases. El pensamiento del señor Fuentes Quintana se ha ido alejando, envejeciendo: se ha desgastado antes siquiera de que pueda plasmarse en decretos, o leyes, o disposiciones. Ha empezado a hacerse sospechoso. Lo han teñido de propaganda. Los responsables políticos de la televisión no descansan hasta que consiguen que los espectadores apaguen con un suspiro de aburrimiento y fastidio. Hasta que no se haya creado en ellos, nuevamente, la capacidad de resistencia y de negación.

No se entiende por qué los líderes de la oposición tienen tanto empeño en que se modifique la televisión, se modernice y se neutralice. Tal como está es la mejor arma de que disponen para acabar con el Gobierno y con sus personajes. Los deteriora rápidamente. Es el resultado de aplicar las enseñanzas de los viejos maestros en una época que ya no es la suya.

Proyecto de ensayo: ¿Fue la televisión de Franco la que acabó con el régimen de Franco?

POZUELO